

»tolerancia con el prójimo, la humildad, la dulzura, la  
 »afabilidad y la tolerancia con nuestras imperfecciones.»  
 »No os turbeis, dice en otro lugar (1), por vuestras im-  
 »perfecciones, y trabajad siempre con valor en levantaros  
 »cuando caigais en ellas; empezad todos los dias, sin creer  
 »haber hecho nunca bastante: no hay mejor medio que  
 »este para completar bien la vida espiritual. ¿Cómo re-  
 »prenderemos á los otros con un espíritu de dulzura, si  
 »nos reprendemos á nosotros mismos con despecho, dis-  
 »gusto y amargura? ¿Cómo nos corregiremos, si no te-  
 »nemos el espíritu tranquilo y en reposo? La humildad, en  
 »fin, pide que nos creamos aún muy lejos de la perfeccion,  
 »y que en vista de esto, volvamos á empezar cada dia.»

Si la humildad de Francisco estaba muy lejos del des-  
 aliento, lo estaba mas aún de los sentimientos del filósofo  
 que hollaba á los piés el orgullo de Platon con un orgullo  
 aún mayor. Un dia que citaban en su presencia como  
 axioma estas cuatro palabras: *Spernere mundum, spernere*  
*mullum, spernere sese, spernere sperni*; «tengo, replicó,  
 »algo que decir sobre todos estos desprecios. 1.º *Spernere*  
*mundum*; esto es cierto si se habla de los falsos bienes ó  
 »de los juicios del mundo, pero es falso si se entiende de  
 »las personas. 2.º *Spernere mullum* dice demasiado poco,  
 »porque se debe estimar y respetar á todos como á imá-  
 »genes de Dios, y que valen mas que nosotros. 3.º *Sper-*  
*nerere sese*; esto es cierto si se entiende de lo que en nos-  
 »otros es de nosotros, pero es falso si se entiende de lo que  
 en nosotros es de Dios, porque eso se debe estimar y respe-  
 »tar. 4.º *Spernere sperni* es malo, y se deja ver en ello el  
 »orgullo, pues se debe estimar el desprecio como cosa que  
 »nos es debida; estar contentos de que piensen de nosotros  
 »como nosotros; de que nos ayuden á tenernos en nada; y  
 »no ver en los oprobios sino dones de Dios, dignos de todo  
 »nuestro amor y reconocimiento.» (2)

(1) Carta CLXXVII.

(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XII, sec. XIII.

## CAPITULO XV.

Su espíritu de pobreza.

«No he conocido nunca, dice la santa Madre Chantal,  
 »un alma mas desinteresada y mas completamente vacía  
 »de toda afición á las cosas de la tierra que nuestro bien-  
 »aventurado Padre.» Habiéndole rogado un dia dos per-  
 sonas, que se interesara en su favor con el Duque de Sa-  
 boyá para obtener alguna gracia, y habiéndole ofrecido  
 una buena recompensa si lo conseguía: «No me conoceis,  
 »les contestó con dulzura, no soy interesado, y no hago  
 »nada por el dinero, pero estad ciertos de que trabajaré  
 »con mas gusto por vuestro negocio que si fuera mio.»  
 Habiéndole deseado otra persona, en una carta, mucha  
 prosperidad y grandeza temporal: «¡Buen Dios! le contes-  
 »tó, ¿qué es lo que me deseais? Por la gracia divina, no  
 »espero ni deseo otra grandeza ni otra prosperidad en este  
 »miserable mundo, que las que el Hijo de Dios ha tenido  
 »en el pesebre de Belén..... El que tiene su corazón en el  
 »cielo, no se inquieta por las cosas de la tierra.» Dicién-  
 dole un dia que el mundo se burlaba de los que no aspi-  
 raban á hacerse una posición cómoda y brillante: «Pues  
 »yo, contestó, me burlo de estas bagatelas, y uno de mis  
 »mayores consuelos es imaginarme que no tengo nada,  
 »y pensar que cuando muera tampoco tendré nada.....  
 »Mi mayor deseo es carecer de alguna cosa necesaria  
 »para imitar á Jesucristo, el rey de los pobres, y nunca  
 »me encuentro mejor que cuando no estoy bien.....» «Es  
 »preciso vivir en este mundo, decia á uno de sus sacerdo-  
 »tes, como si tuviéramos el alma en el cielo y el cuerpo  
 »en la sepultura (1). La sabiduría del mundo dice: Bien-  
 »aventuradas las casas ricas, pero nuestro Señor ha dicho;

(1) Dep. del abate Legay.

»¡Bienaventuradas las pobres! La verdadera bienaventuranza en esta vida, es contentarse con lo que basta; y »nada bastará nunca al que lo suficiente no basta.» (1) Por eso repetía con frecuencia estas palabras de un autor italiano: «*Povero si, ma contento*; Soy pobre, pero estoy contento. Porque ¿quién no amará la pobreza que nuestro Señor ha amado tanto, y de la que ha hecho su fiel compañera toda su vida?» Cuando le parecía que le compadecían por la poca renta del obispado: «¿Cuánta tenían los apóstoles? contestaba (2). Ellos, que eran mas grandes Obispos que nosotros, no tenían tanta; y ¡cuántas personas honradas hay que tienen menos que yo! Mi obispado, decía también, me vale tanto como el arzobispado de Toledo, porque me vale el cielo ó el infierno, lo mismo que el de Toledo á su Arzobispo, segun nos conduzcamos uno y otro en nuestro cargo. Me considero mas rico que ningun Obispo de Francia, porque mis rentas bastan á mis necesidades (3). Es una gran renta tener lo necesario, cuando á esto se une la piedad que nos enseña á contentarnos con lo que tenemos. Cuanto mas se tiene mas se gasta; porque se tiene mas trenes y criados que arruinan, y con frecuencia no sobra á los que los tienen mas que me sobra á mí; llegando á veces hasta llenarse de deudas; y así considero una gran riqueza no tener nada. Cuando hay poco se tiene menos que dar, menos cuidados para gastar, menos inquietudes para conservar ó distribuir, y menos cuenta que dar á Dios. Para contentarse con lo poco, no hay mas que considerar á los que son mas pobres que nosotros, porque no somos pobres si nos comparamos con ellos. Si no queremos mas que lo necesario, no seremos casi nunca pobres; mas si queremos todo lo que pide la pasión, nunca seremos ri-

(1) Carta DLXXI.

(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. VIII, s. V; p. XVI, s. XIV y XV.

(3) *Idem*, p. XIV, sec. XXXIV.—Dep. de Pernet.

»cos. El secreto para enriquecernos en poco tiempo y á poca costa, es moderar nuestros deseos; imitando á los escultores, que hacen su trabajo por sustracción, y no á los pintores, que hacen el suyo por medio de adición. Por lo que á mí hace apenas conozco la pobreza, pues Dios ha sido tan bueno para mí que me ha dado lo que deseaba el sábio, que es un estado intermedio entre las necesidades de la indigencia y la abundancia de las riquezas; y así, contento con mi suerte, me considero rico.» (1)

Este espíritu de pobreza evangélica, esta elevación de alma sobre todos los bienes de este mundo, fué lo que le inspiró la renuncia de su patrimonio en favor de sus hermanos, sus inmensas limosnas, y aquella indiferencia con la cual se vió amenazado de la privación de sus temporalidades por el senado de Chambery; las generosas renunciaciones de toda suerte de honorarios, tanto despues de la misión del Chablais, cuyos gastos al menos querían satisfacerle, como despues de las Cuaresmas predicadas en la corte, en Dijon, en Saint-André-des-Arts, y finalmente, aquella resistencia á todas las proposiciones para abadías y ricos beneficios que le hicieron tan repetidamente.

Inspirado por este mismo espíritu, supo reducir sus necesidades á los mas estrechos límites. No tenía mas que el número indispensable de servidores, vestidos con limpieza pero con sencillez, y sin llevar en su traje ninguna cosa rica ni brillante, como espadas ó penachos. El mismo no llevaba nunca vestidos de seda ó de mucho valor; siendo la ropa exterior de sarga morada, decente, limpia y sencilla, y la interior de piel ó hecha con los pedazos usados de la de encima, y casi siempre remendada. Su mesa era de las mas frugales, y en 1603, 1604 y 1620, en cuyos años hubo una gran escasez de granos, hizo aún disminuir de lo ordinario. Todos sus muebles eran sencillos pero

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XIV, sec. XXXIV; p. VIII, sección V; p. II, sec. XXI y XXII; p. VI, sec. XIV.

decentes, y toda la casa episcopal, en fin, revelaba la morada del padre de los pobres, que gasta lo menos posible para poder dar mas limosnas. Tenia cerca de Annecy una posesion que pertenecia al obispado, donde le hubiera sido agradable ir de tiempo en tiempo, si hubiera habido una casa para su uso; mas nunca quiso edificarla; y habiéndole preguntado la razon de ello un sacerdote: «Es, contestó (1), porque considero como una gracia de Dios habitar una casa estraña en todas partes por donde voy. Esto es para mí un honor, porque lo miro como un rasgo de semejanza con Jesucristo, que nació en un establo y no tuvo durante su vida dónde reclinar su cabeza.» A pesar de tanta economía, sus muchas limosnas parecian una cosa inesplicable, considerando el pié de decencia en que sostenia su casa y lo reducido de sus rentas. «Un dia, dice Mr. de Belley, le manifesté mi sorpresa por esto.—Dios es, me contestó, quien multiplica los cinco panes.—Pero, le pregunté, ¿cómo es eso?—Si no fuera por un milagro, repuso, no podria suceder; ¿y acaso no es una gran felicidad para nosotros vivir de esta suerte por milagro? Mirad, le dijo, enseñándole un vestido interior que le habian hecho con una sotana vieja, ¿no es verdad que mis gentes hacen pequeños milagros, pues de un vestido viejo han hecho uno nuevo? Hablándoos francamente, si tuviera mas no sabria que hacer de ello, y soy feliz viviendo como un niño que no tiene cuidado alguno: bástale á cada dia su propio mal. Uso de los bienes de este mundo como los perros de las orillas del Nilo, que beben el agua del rio corriendo, por miedo de ser presa de los cocodrilos.»

Este verdadero pobre de Jesucristo no manejaba el dinero sino para distribuirlo; y con trabajo distinguia algunas monedas y conocia su valor (2). Habia hecho á su mayordomo depositario de sus fondos, y este disponia de ellos

(1) Dep. del Canónigo Gard.

(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. V, sec. X.

para el gasto de la casa como le parecia. Solo el santo Obispo le preguntaba de tiempo en tiempo si se debía algo, con el fin de suprimir en los gastos de su casa lo que fuera necesario para pagar pronto las deudas si las habia (1); y cuando era preciso comprar alguna cosa ó pagar en los viajes el gasto en las hospederías, no permitia que el mayordomo regatease, sino le hacia pagar toda la suma pedida, á no ser que el abuso fuera evidente y notable; y si luego le oia quejarse del fondista: «Amigo mio, le contestaba, hay que considerar en lo que nos piden, no solo el precio de nuestro alimento sino tambien los cuidados, las inquietudes, las vigiliass y la buena voluntad de los que nos reciben, cosas que nunca pueden ser suficientemente pagadas.» (2) Rara vez dejaba al dinero ocioso en manos de su mayordomo, y le pedia casi todos los dias algo para los pobres, para los monasterios y demas casas que vivian de limosnas, cuyas distribuciones ocasionaban á veces la escasez en la casa del Obispo. Encontrándose un dia el mayordomo sin recursos, fué á quejarse á él de que no tenia dinero: «Tanto mejor, contestó Francisco, eso nos hace mas conformes á Jesucristo. Este adorable Salvador no tuvo donde reposar su cabeza, y nosotros estamos muy lejos aún de este extremo.—Pero, en fin, ¿de dónde sacar el dinero? pregunta el mayordomo.—Hijo mio, replicó el Obispo, es preciso vivir económicamente.—Seguramente que es buen tiempo de economías, cuando ya no hay nada.—No me comprendéis, replicó el santo; quiero decir que es preciso vender ó empeñar alguna pieza de nuestro uso ó alguno de nuestros muebles, para comprar que comer; ¿no es esto vivir de lo que tenemos?» (3)

Para evitar las reconvenciones de su mayordomo, al que no queria contristar demasiado, Francisco considera-

(1) El P. la Riviere, p. 531.

(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. VII, sec. VII.

(3) Idem, p. II, sec. XXII.

ba como una fortuna recibir dinero sin que él tuviese conocimiento de ello, y lo distribuía al punto en diferentes sumas, con las que hacia varios paquetes envueltos con cuidado para repartirlos á los pobres; y de esta suerte dió un dia hasta cuatrocientos florines.

A pesar de esta extrema pobreza, el santo Obispo sabia ser espléndido cuando lo creia conveniente para el honor de su ministerio y la gloria de Dios; y varias veces recibió á grandes señores con tanta distincion, que se admiraban cómo, con tan poca fortuna, podia hacer tantas magnificencias. Entonces admitia en su casa de un modo pasajero las tapicerías, las vajillas de plata y otros muebles de lujo; pero en medio de todo eso, no disminuía nada de su espíritu de pobreza, mirando todo este lujo como lodo, y haciendo el mismo aprecio de los platos de plata que si fueran de barro (1).

## CAPITULO XVI.

### Su mortificacion.

La necesidad de la mortificacion para ser virtuoso ha sido reconocida hasta por los mismos paganos, uno de los cuales tenia por máxima: privarse y sufrir; *abstine et sustine*. Pero la doctrina del Evangelio y la unción de la gracia la hicieron sentir mejor aún al santo Obispo de Ginebra. «Es preciso morir, decia, para que Dios viva en nosotros; porque es imposible llegar á la union de nuestra alma con Dios por otro camino que el de la mortificacion. »Estas palabras *¡es preciso morir!* son duras, pero serán seguidas de una gran dulzura, porque no se muere á sí mismo sino con el fin de unirse á Dios por medio de esta muerte (2). Es preciso morir á todo otro amor para no

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. VIII, sec. VIII.

(2) Conferencia sobre la pretension religiosa, p. 373.

»vivir mas que al de Jesus, á fin de no morir eternamente (1). ¡Dios mio! bien quisiera morir por mi Salvador, »pero si no puedo morir por Él, que al menos viva para »Él solo (2). Es preciso vivir en este mundo, decia, como »si tuviéramos el alma en el cielo y el cuerpo en la sepultura. La oracion sin la mortificacion es un alma sin cuerpo, así como la mortificacion sin la oracion es un cuerpo »sin alma.» (3)

Conformando su conducta con este lenguaje, Francisco de Sales empezó por mortificar su cuerpo. Como lo consideraba un esclavo que se rebela cuando se le halaga y se condesciende con sus deseos, jamás concedia á sus sentidos la menor delicadeza ó superfluidad.

Se limitaba en todo á lo estrictamente necesario; era para él un trabajo ir á tomar su alimento; y muchas veces si no le hubieran instado, lo hubiera olvidado por completo. Ayunaba frecuentemente; y aun se puede decir que su vida era un ayuno continuo, pues tan poco era lo que comia en cada comida; y hubo algunos años en los que, salvo una lijera colacion que le llevaban por la noche á su cuarto, no hacia mas que una comida al dia, encontrando en eso la doble ventaja de mortificarse y aprovechar mas el tiempo para su vasta correspondencia é inmensos trabajos (4).

No estaba sujeto á ninguna mortificacion particular, y queria mejor suprimir á veces alguna que hacer ostentacion de ella. Habiendo ido á visitarlo un prelado á Annecy, fué un viernes por la noche á su cuarto á avisarle que la cena estaba pronta. «¡La cena! le contestó su huesped, »yo no ceno hoy; lo menos que se debe ayunar es una vez »en la semana.» Francisco al punto le hizo llevar la colacion á su cuarto y fué á cenar con sus capellanes, los

(1) *Tratado del amor de Dios*, lib. XII, cap. XIII.

(2) Carta CDXVII.

(3) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XIII, sec. XIV.

(4) Idem, p. IV, sec. VIII.